

Cotidianos Desconocidos. Sentimientos Asesinos.

Continuamos caminando como si nada hubiera pasado, a pesar de que esta sería nuestra última conversación; nuestra última noche. Lo intuía por el espacio que -por primera vez en nuestras caminatas- nos separaba. No reía como antes y yo tampoco llenaba con comentarios absurdos los vacíos de la conversación cotidiana, que esta noche se había reducido a una artillería de preguntas disparadas al aire y recibidas con monosílabos o con ironía descarada.

Había intentado besarla y había sido olímpicamente rechazado. Con una mirada de “Seriously?” en sus ojos azules que me vuelven loco, me había explicado desde un principio que no quería involucrarse y que además no le agradaba de forma romántica mi persona, lo que me había hecho intentar con más ahínco el conquistarla.

Había intentado besarla, la había tomado de la cintura y la había mirado a los ojos. Lo extraño es que me había mirado y no se apartó cuando vio hacia donde iban mis intenciones. De hecho, ahora que lo pienso, creo que esperaba mi movimiento para tener una excusa que le permitiera -sin remordimientos- no volver a verme.

Quizás me equivoque al pensarlo de esta forma, ya que por estos días la confianza en mí mismo no ha andado muy bien. Cada sonrisa entregada al azar es una mueca y cada palabra amable un desaire. Es que el amor no correspondido es un enjambre de balas que de los cielos baja disparada por nosotros mismos. Por eso menosprecio mi valía, a pesar de que el rechazo recibido no tiene margen de error posible.

Su pelo negro enmarcaba su rostro inescrutable, sus manos aferraban el vacío y mi alma no era más que un gelatinoso moho esparcido por el suelo.

Sus dientes se ocultaron de mi vista desde que mis labios saludaron su boca por un instante.

No volvería a sonreírme.

Había llegado a la ciudad hace algunos meses. La conocí por una amiga en común. En esos tiempos yo no buscaba algo más que un affaire; de hecho, estaba más interesado en salir de fiesta y recorrer la ciudad, que en tener una relación. Pero, sin buscarlo, me conquistó con su falta de atención, con su inteligencia y sarcasmo, que utiliza como un arma poderosa cuando la ocasión permite que su boca lance rosas con espinas a la conversación.

Es menuda, pero de curvas agradables. No voluptuosa; bella; aunque el problema de las mujeres así, es que al conocer lo que provocan en los hombres, sobrevalorizan su belleza, lo que las

convierte en tipas lejanas y difíciles de conquistar. Generalmente también las vuelve solitarias.

Siempre vestía diferente. Era difícil arreglarse para salir con ella, ya que se fijaba en zapatos y en ropa; en el aspecto personal de quien la acompañaba por un momento.

Cálida y amable, era una mujer misteriosa de la que se intuía que había muchísimo más que lo que mostraba libremente a los ojos del mundo.

Había intentado besarla y había sido rechazado. Pero a veces, el desamparo de alejarte de quien ha tocado esa fibra sensible, que lleva a cambiar de opinión y paradigma, es más aceptable que la cercanía de unos labios que jamás serán tuyos. Ese era el destino que me esperaba estando a su lado. Ser su novio sin besar jamás su boca. Un desvarío; un amor sin tener jamás contacto físico más que un amistoso abrazo.

Por eso, mientras se aleja al espacio vacío en el que jamás la veré de nuevo, comprendo que a final de cuentas es un favor el que me hace, ya que así puedo utilizar en mí el tiempo que quería gastar en ella.

Las calles vacías se llenaban de gente y en T Centralen las valijas de los viajeros se transformaban en risas esa tarde, esperando la llegada de la noche. El pulcro corazón del sistema de transporte de Estocolmo, esperaba con ansias la

llegada de la fiesta del viernes, en que la ciudad se viste de gala para destruir prejuicios en burbujas de alcohol.

Ella lo mira de reojo, mientras él-con la mirada perdida- se sume en sus pensamientos. Caminan por inercia hacia el pendeltåg que los llevará en direcciones opuestas y de vuelta a casa. Había intentado besarla y ella - que se había sentido cohibida por la cercanía, pero insultada por lo que el roce de sus labios habían provocado- había dicho desde el primer momento que solo quería una relación de amistad.

Al parecer él nunca lo había entendido y solo había murmurado lo mismo que ella para no perderla. Ahora lo sabía; como también sabía que algo sucedía en su pecho, sin entender realmente la profundidad del nudo que le mojaba por momentos los ojos o la hacía sonreír; por eso se había enojado, al descubrir esa fuerza la había sacado de sus casillas y, furiosa, lo había empujado, alejando su cuerpo y su boca, pero no la sensación, que en algún lugar de su vientre aparecía como un fuego comprimido.

Había dudado solo un segundo; el momento más largo de su historia; estuvo a punto de caer en tentación y abrir la boca para recibir el impacto de su lengua. Solo alcanzó a cerrar los ojos, mientras los vellos de su espalda se erizaban, sus pupilas se

habían dilatado y su pulso aceleraba cercano a la taquicardia. Todas las alarmas de su cuerpo se tensaban al impacto del beso; por eso lo había rechazado con un empujón de ambas manos; no quería enamorarse, no quería sentir y perderse, no estaba lista para intentarlo y no quería perder su independencia. Aunque tampoco podía dejar de pensar en aquellos labios acercándose y rozando su boca; no podía no pensar en la fuerza con la que la había tomado de la cintura, en aquel íntimo contacto del único beso posible entre ellos; en el dulce y salado sabor, en el aroma a perfume casi desvanecido por el largo paseo de la tarde, que tenía un final tan abrupto ahora que la noche se adueñaba de todo, mientras él miraba las vitrinas cerradas y se perdía en eternas preguntas sin respuesta, pensando en todo y nada al mismo tiempo; con sus labios tornados en un enloquecido caleidoscopio de sensaciones, luego del contacto del ínfimo beso.

Ella sube al tren sin despedirse. Él se encamina a un bar para sentarse en la barra, luego de la refrescante caminata que por fin permite que oxígeno limpio llegue a su cerebro y baje las revoluciones de sus inconexas ideas. Ordena una cerveza mientras ella, aferrada a su bolso mira su reflejo en la ventana del tren. Con solo sombras como compañeros de viaje; abandonada a sentir por

un momento; luego de borrar su número de la memoria del celular y de haberlo bloqueado en Facebook, desde el mismo asiento en que viaja veloz a casa.

Entra silenciosa para no despertar a su familia, dejando los rojos zapatos en la entrada, mientras él pide la segunda ronda y comienza a conversar con esa rubia que le sonríe sin cavilaciones.

Cuando se acost  desnuda y silenciosa y apagó la luz de la habitación, se abrazó las rodillas y se permitió cerrar los ojos y pensar nuevamente en el contacto que quedaba como recuerdo del último encuentro. Se daba cuenta de que se había equivocado; con sus eternas atenciones sin recibir nada a cambio la había enamorado. Lo comprendía ahora, mientras una lágrima rodaba amarga hasta la almohada y su pecho se fund a en el recuerdo de unos labios que no le pertenecían. Sabiendo que no volvería a verlo, porque no se atrevía a buscarlo ahora que se había ido, imaginaba sollozando silenciosa quizás donde estaría. Probablemente solo como ella en casa. Mientras, en un desconocido apartamento al que en esa agradable ensoñación del alcohol había sido conducido él galopaba sobre la rubia que le sonríe con deseo, acribillada por el asalto de los ansiosos besos que tanto tiempo para otra había guardado.

Destino Desarraigado. Paloma Ausente.

Ya la tierra había completado treinta veces la vuelta al sol, desde que había llegado a la ciudad. Había arribado con las rodillas huesudas de sus doce años; con los sueños aún claros en la retina de la niñez; que se sustentaba en la fantasía de los dos amigos imaginarios que habían sido creados por su subconsciente, como método de protección y de evasión del pasado que atormentaba sus ojos cerrados por la noche. Esas imágenes gastadas de tanto repasar en la memoria; esas maromas con que su cerebro se auto engañaba para seguir adelante, como ciegas mazmorras en las que encerraba los recuerdos de aquella lluviosa y fría mañana de mayo, en que los militares y policías como feroces lobos habían entrado sin pedir permiso a la humilde casita y, apuntando a la familia que adormecida aún desayunaba pan con margarina y huevos revueltos, con el té habitual que calentaba el cuerpo antes de comenzar la jornada de estudio o de trabajo y la precaria conciencia de la primera hora de vigilia. Esa mañana oscura y temblorosa había cambiado para siempre su vida pequeña y feliz, entre padres, hermanos, perros y gatos, ya que los oficiales venían siguiendo ideales socialistas hasta la pequeña residencia familiar.

Buscaban panfletos extremistas o libros soviéticos, armas o bombas. No paraban de gritar y de intimidar con sus desnudas armas, a pesar de que lo único que salía a flote en la torrentosa agua en la que se había convertido el desayuno eran revistas ritmo y cassettes de Quilapayún o Víctor Jara, artistas tildados de comunistas o revolucionarios; quienes ya habían sido exiliados o tristemente, como en el caso de Víctor, torturado y asesinado entre las frías murallas del estadio nacional.

Encontrar la música prohibida fue suficiente argumento para detener a su padre y a Rubén, el hermano mayor, aquel que jamás volvería a ver en vida; siendo el recuerdo más recurrente en su retina la sonrisa torcida que esposado y con el ojo izquierdo en tinta intentara dibujar en su rostro para tranquilizarlo, aunque el sudor y la sangre transformaban el gesto en algo obsceno, lleno de frustración, resignación y de espanto.

La madre derrumbada sobre el maltrecho sofá expelía el alma en la lluvia torrencial de sus ojos contra la cuidada alfombra, teñida para siempre por el barro de las botas que calzaban los soldados del régimen asesino de Pinochet y su prole de monstruos disfrazados de monstruos.

Cuando el silencio de la ausencia había inundado la casa y había hecho callar al vecindario se habían

abrazado como uno y habían continuado llorando por largo rato, hasta que en un único impulso tomaran la decisión de al unísono moverse y salir a hablar con el párroco, para buscar una ayuda eclesiástica que permitiera encontrar a los dos hombres de la casa.

Luego de casi un mes de no dormir y de buscar en cuarteles, hospitales, terrenos baldíos o centros de detención -con solo confusas noticias- la cruz roja había sacado del país a la familia, aunque sin Rubén, que no aparecía en ninguna parte y no aparecería jamás. Había sido parte de las protestas desde el principio, ya que estudiaba Historia y Geografía en el Instituto Pedagógico de Chile y era secretario del centro de alumnos, por eso habían llegado a allanar la casa.

El invierno fue dejado atrás. El padre -aunque liberado de su detención tres días antes del viaje- nunca volvió a recuperar su peso ni su sonrisa y, durante muchos años no hablo de sus oscuros e infinitos días, entre tantos golpes y gritos que ablandaban su alma, entre tantas preguntas repetidas con respuestas cada vez más imposibles y entre tantos que envejecían años por cada día en cautiverio.

Las lágrimas los acompañaron por muchos años, pero el terror de revivir los momentos del adiós de la magia que perdió la niñez en esas ásperas siete de

la mañana los perseguiría como un fantasma en la memoria. Por lo largo de la vida.

La ciudad los recibió con alegría y compasión. Les dieron un departamento y conocieron a otros con historias que tampoco se contaban, con sonrisas que, torcidas recordaban más al llanto y con heridas que sangraban a pesar del sol y del verano que Suecia les cambiaba, por el duro invierno climático que ya terminaba en Chile y el macabro invierno político que duraría tantos años más, mientras entre calles antiguas y estrechas para siempre sellaban en un recóndito lugar de la memoria el sufrimiento de la opresión vivida en su lejana tierra.

El idioma fue un problema, pero estudiaron y aprendieron y de a poco se transformaron en habituales ciudadanos del entorno que rápidamente los asimilaba, mientras los hijos bastardos de otras naciones latinoamericanas, también invadidas por siniestros dictadores continuaban día a día llegando a la ciudad. Convirtiéndose en parte del paisaje y socavando con el azul y el amarillo los monstruos que el recuerdo de la sangre no había querido borrar; mientras las barbas comenzaban a aparecer en los rostros de los niños que lograban al fin vivir sus vidas sin el soporte que da la casa de los padres.

Las niñas se enamoraban y sus muñecas se transformaban en familias que proliferaron y

crecieron. Los viejos siguieron luchando una batalla perdida para siempre, mientras allá abajo, temerosos políticos creaban una artificial democracia que solo engañaba a ilusos e ignorantes y absurdamente solo beneficiaba a quienes habían apoyado al régimen maldito o a sus rameritas.

Han pasado ya cuarenta años y en Chile los ideales socialistas se olvidaron, solo perduran en los estudiantes universitarios, hasta que ganan su primer salario y, en alguno que otro que se niega a vender su alma al diablo.

Acá están sin embargo todavía los soldados sin armas, aquellos que pretendieron hacer la revolución de forma democrática y sin balas, porque lo que la historia ha olvidado es que el golpe de estado en Chile no fue contra el comunismo, tampoco fue contra el socialismo ni contra ningún otro paradigma político, fue un golpe de estado contra la democracia y contra la libertad, en la que los intereses económicos de una superpotencia pudo más que la conciencia social de un pueblo. Un ataque en que la búsqueda estabilidad del continente trajo tantos años de oscuridad y de miseria, ya que, por eso fue que la sombra del norte intervino; porque en la guerra fría que amenazaba al mundo con invierno nuclear y muerte no se podía permitir otra Cuba; otra nación latinoamericana desde donde los soviéticos instauraran su comunismo, acaso

quizás un campo fértil, en el que se esparcieran las semillas de la igualdad, la que terminaría por volar hasta cada país del continente, convirtiendo a los “estados unidos” en una isla rodeada por un océano embravecido y rojo.

Los exiliados de la patria aun habitan la ciudad, ya que a pesar de -en muchos casos- desear por sobre todas las cosas el regreso, no quieren convertir a sus hijos en nuevos exiliados, ya que ellos nacieron o crecieron aquí; ya que ellos se han adecuado a esta patria y solo ven a Chile como un recuerdo en la memoria de los padres, pues conocen las tradiciones y la historia de la patria lejana, pero muchos hablan el español como tercera lengua, tras sueco e inglés y más aún desconocen los problemas que aquejan a esa tierra de sueños que los viejos les han enseñado con tanto ahínco a amar.

La historia nos ha enseñado que al final del día los intereses de unos cuantos valen más que lo que un pueblo quiere, pero también nos ha enseñado que el comunismo es cruel con quien no forma parte del partido y que a pesar de ser el único ideal político y económico que vale la pena instaurar -entre seres humanos- es completamente impracticable, o lo será por lo menos, hasta que nuestro desarrollo psicológico y social no diga lo contrario.